



UN año hizo el día 3 de abril que el Papa recibió a ochocientas parejas de jóvenes recién casados. Mientras les dirigía una alocución, encaminada principalmente al corazón de la mujer, una paloma blanca penetró en la Sala de las Bendiciones, donde el Papa estaba hablando, y se posó sobre el baldaquino bajo el cual se encontraba Pío XII. Era una paloma deslumbrante, que entró sin ceremonial alguno por la ventana abierta a la primavera. Con esa confianza hermosa de las inocentes criaturas de Dios, se estuvo quieta sobre el dosel del trono, mientras el Papa les decía a las jóvenes recién casadas palabras luminosas y profundas. Cuando el Pontífice dió la bendición y salió pausadamente de la estancia, la paloma, a su vez, tendió sus alas al aire líbido y salió volando por la misma ventana que la había visto entrar.

La emoción de este alado mensaje, cuya significación y trascendencia sería inútil que nos obstináramos en descifrar, pervive en las palabras que aquel día pronunció Pío XII y en las que en ocasiones distintas ha dirigido a las mujeres. Nosotros nos proponemos glosar aquí la tesis dominante en toda esta doctrina pontificia dedicada a la mujer. Las palabras del Papa vienen a ser una rúbrica suprema del criterio que en las épocas dolorosas de la Humanidad asienta en los hombres mejores. Cuando la muerte ronda con demasiada avidez, se vuelven los ojos a las fuentes de vida. Por eso hay que volverlos ante todo a Dios, y después, en este valle tan turbado y pequeño, a la mujer. La mujer cristiana es hoy la esperanza más firme del futuro.

«La hora presente es hora de devastación—les decía el Papa a las jóvenes católicas en octubre de 1940—; pero tanto más, para vosotras, hora de fervoroso e intenso trabajo... ¡Qué obra más hermosa os espera! Reconstruir la sociedad sobre bases cristianas, restaurar la honra y estima del Evangelio y su moral, renovar la familia restituyendo al matrimonio la aureola de su dignidad sacramental.» El Papa respalda, pues, desde su altura y con su autoridad indiscutible, la posición ideal que decíamos. Fía en la mujer. Otorga a la mujer un papel inmenso.

Dentro de esta elevada categoría de la mujer en la escala de los valores morales, hay un cometido especial para la juventud. «¡Feliz juventud!—dice el Papa—. Apresuraos a sacar provecho del ardor y la fe de vuestra edad.» He aquí, pues, que, en un terreno apostólico, pero eminentemente social y reconstructivo, el Papa señala a las juventudes femeninas una importante y trascendental misión. Nos interesa esto, como apuntábamos antes, por su carácter de rúbrica suprema. El público al que principalmente dedicamos estas líneas se halla impuesto de esa misión. De aquí la importancia de repasar y retener los hondos conceptos pontificios, que nos aclaran y aseguran la rectitud de nuestra senda.

El cauce que Pío XII traza en sus discursos a la mujer para que ésta desarrolle su magna labor social está jalonado por grandes hitos ideales, que pueden resumirse así, valiéndonos de palabras del propio Pontífice: estudio y difusión del catecismo, trabajo, sacrificio, obras cristianas, pureza, modestia, vida eucarística y devoción especial a la Virgen María. Todos estos puntos han sido tocados por el Papa en sus discursos a las mujeres en distintas ocasiones. «Enseñar, instruir un alma—les ha dicho a las jóvenes—, y al mismo tiempo dar y darse. Eso es lo que corresponde a una de las más bellas aspiraciones de vuestro sexo y de vuestra edad. La joven, la



Firma del Acuerdo entre la Santa Sede y España

El comunicado oficial dice así: «En la mañana de hoy, ha sido firmado por los señores Ministro de Asuntos Exteriores y Nuncio de Su Santidad, presente el embajador de España en el Vaticano, un Acuerdo por el que la Silla Apostólica y el Gobierno español convienen acerca del modo de ejercicio de privilegio de presentación para las Sedes episcopales.

En consecuencia, queda fijado el procedimiento a seguir para la selección de arzobispos, obispos, administradores apostólicos con carácter permanente y coadjutores con derecho de sucesión, determinándose la norma para el nombramiento de párrocos y previéndose la inmediata negociación de otro Convenio sobre los demás beneficios no consistoriales.

Conciértase, asimismo, proseguir las negociaciones hasta llegar a un nuevo Concordato, obligándose el Estado español, entre tanto, a respetar los artículos primero al cuarto del de 1851.»—7 de junio de 1941.

reales del triunfo de España sobre sus peores enemigos. El Congreso Internacional de las Juventudes Católicas Femeninas congregaba en Roma a las jóvenes representantes de treinta y dos naciones. Durante la audiencia que Pío XII concedió a las congresistas, conversó con la representación española y quiso hacerlo en español. No podían recaer las breves palabras sino sobre la gran empresa que España acababa de coronar, y dentro de ella, con especial ternura, sobre los mártires que habían ofrendado su vida por la causa de Dios y de la salvación de su Patria. Las palabras del Papa a un grupo de mujeres españolas fueron éstas:

—Bienaventuradas sois vosotras, las familiares de los mártires. Yo envío una bendición especialísima a los mártires y a las familias de los mártires españoles. De España ha salido la salvación del mundo.

He aquí el magno elogio y, al mismo tiempo, la carga decisiva que el Pontífice arroja sobre los hombros de las mujeres españolas, cubriéndolos como con un glorioso manto. De España ha salido la salvación del mundo en esta etapa tan dura y difícil, y la bendición descende sobre las familias de los mártires para que conserven aquel sagrado fuego de religión y de patriotismo que ellos alentaron en su pecho.

Como fundamento de todo el vasto edificio social y cristiano que a la mujer se encomienda, el Papa insiste siempre en la virtud femenina esencial, y quiere basarla en la devoción a la Santísima Virgen. «Cuando el Verbo quiso encarnar y nacer de una mujer, puso su mirada en la criatura más idealmente perfecta: una muchacha con la gracia de su virginidad.» La Iglesia y los ángeles saludan a esa criatura con mil títulos diversos, muestrario el más galano de piedad, de amor y de fe. Pero, entre todos los nombres que pueden dársele, uno le es, en opinión de Pío XII, «particularmente caro, y basta para designarla: la Virgen».

mujer, hágase maestra de la verdad y del bien; dé a los demás una parte del tesoro de su mente y de su corazón.»

Considera el Papa como bases del tesoro femenino que la generosidad de la mujer debe difundir la pureza y la modestia, que, al fin, se encuentran íntimamente enlazadas. «La modestia es el custodio de la pureza.» Se complace Pío XII en recordar el caso de Perpetua, mártir de Cartago, que en su tormento público en el anfiteatro fué lanzada al aire por un toro salvaje. Cayó moribunda sobre la arena ensangrentada, y en aquel angustioso momento su preocupación fué la de extender su túnica de manera que le cubriese la parte del cuerpo que en su caída había quedado descubierta.

Acerca de la moda, el Papa ha deslizado su paternal enseñanza a favor de un argumento en el que se advierten a la vez la sabiduría, e ingenio y la profunda lección moral. «Moda y modestia deberían caminar juntas, como dos hermanas, porque los dos vocablos tienen la misma etimología: del latín *modus*, que quiere decir la «recta medida», más allá y más acá de la cual no puede encontrarse lo justo.»

Hemos recogido las tesis más generales del Papa sobre la vida y la acción de la mujer. Pero aún nos quedan unas palabras inolvidables, dirigidas a las mujeres españolas. Fué en abril de 1939, recién cortados los laureles del triunfo de España sobre sus peores enemigos.